

Aun con algo más de expresion se explica este doctísimo trinitario en su *Bibliografía crítica*, tomo III, donde, extractando la grande obra *De beatificatione et canonizatione servorum Dei*, de nuestro santísimo Padre al presente reinante, á la página 531 toca este punto, y siguiendo siempre aquella grande autoridad, dice, que la tolerancia de los obispos de Mallorca respecto de el culto de Raimundo acaso se ha continuado por el motivo de evitar mayores males: *Una cum episcoporum majoricensium tolerantia, numquam forté dimissa, majorum timore malorum*, y absolutamente pronuncia que Raimundo no puede contarse por beatificado: *Illum inter beatificatos recenseri non posse*.

Ahora bien. Aquí tienen los apologistas á la vista autores graves católicos, que cuentan á Lulio entre los herejes: *Quem aucthores toto orbe catholico receptissimi clamitant atro calculo in album haereticorum rejiciendum*. Y aunque sólo los citan, *suppressis nominibus*, los Bolandistas, bien pudiera yo nombrar hasta cuatro. Dije yo algo de esto? Nada ménos. Antes cito con aprobacion á Moreri, que dice, que «algunos autores que absolutamente le tratan de hereje, pudieron equivocarse con otro Raimundo Lulio, llamado por renombre Neófito». Pero en esto tengo que corregir ahora la equivocacion de Moreri y mia; porque ya sé que á este segundo Raimundo nunca en las bulas pontificias se dió el renombre de Lulio, lo que asegura nuestro santísimo Padre, citado por el padre San José, *ubi supra*; donde, por consiguiente, desapruera la conjetura de el padre Teófilo Rainaud (la misma de Moreri), de que á Raimundo Lulio se atribuyeron falsamente los errores propios de Raimundo Neófito ú de Tarraga: *Nec nostro probatur conjectura Theophili Rainaudi, persuadere volentis errores cujusdam Ramundi Luli de Tarraga á Gregorio XI condemnatos, fuisse Raimundo Lulio, de quo nunc est quæstio, falso adscriptos*.

Tienen asimismo á la vista gravísimos autores, que aunque no imponen á Lulio la nota de hereje, le niegan la beatificacion, y se inclinan á que el culto que se le da en Mallorca no es legitimo. En que el dictámen de nuestro santísimo Padre, aunque como doctor particular, es de grandísimo peso, por haber estudiado la

materia de beatificacion y canonizacion con la especialísima aplicacion que era menester para producir seis tomos en folio sobre esta materia. ¿Dije yo tampoco esto en mi execrada carta? No por cierto. Pues ¿sobre qué son las iras de los apologistas?

Qué dije, pues? Nada sobre el culto y beatificacion, sino que en Mallorca le veneran como santo. En cuanto á la nota de herejía, absolutamente me declaré contra ella, como es notorio, en aquella cláusula mia: «Aun cuando nuestro Raimundo hubiese caido en varios y graves errores, nunca sin grave injusticia puede ser tratado como hereje, pues faltó la pertinacia.» En orden á los errores y bula condenatoria de Lulio, propuse simplemente las dos opiniones, y con la cita de Moreri me manifesté algo inclinado á favor de Lulio. Dígame ahora el piadoso lector, por más piadoso que sea hácia los apologistas, si vió más injustas iras que las que éstos han explicado hácia mí.

Mi censura, pues, se redujo únicamente al *Arte* de Lulio. Pero qué dije de ella? Lo mismo que Wadingo (éste solo que lo dijera, estaria yo bien cubierto con su autoridad) y los demas autores graves que cité arriba.

Si quisieren que ahora me explique más, digo, que en orden al *Arte*, lo dicho dicho. En cuanto á si hay errores ó no en los escritos de Lulio, me conformo con el dictámen de Wadingo, citado arriba. En orden á beatificacion y culto, sigo el de nuestro santísimo Padre, y el de el reverendísimo maestro San José. Y finalmente, en cuanto al martirio de Raimundo, aunque algunos hayan querido disputársele, pronuncio que no puede negarse sin temeridad, debiendo darse sobre este particular entera fe á las historias franciscanas y mallorquinas; por lo cual, y atento todo lo dicho, yo daré siempre con mucho gusto á Raimundo Lulio el epíteto de *venerable*, contentiéndome en él, como hace el reverendísimo San José, sin pasar al de *beato*; y como la certeza moral de fe humana, que me dan las historias de su martirio, me ponen en igual creencia de que está gozando de la eterna felicidad, le pido muy de corazón que ruegue á Dios por mí. *Dixi*.

CAUSAS DEL ATRASO QUE SE PADECE EN ESPAÑA

EN ORDEN A LAS CIENCIAS NATURALES.

Muy señor mio: A vuelta de las expresiones de sentimiento que vuestra merced hace en la suya, de los cortos y lentos progresos que en nuestra España logran la *física* y *matemática*, aun despues que los extranjeros en tantos libros nos presentan las grandes luces que han adquirido en estas ciencias; me insinúa un deseo curioso de saber la causa de este atraso literario de nuestra nacion, suponiendo que yo habré hecho algunas reflexiones sobre esta materia. Es así que las he he-

cho, y con franqueza manifestaré á vuestra merced lo que ellas me han descubierto.

No es una sola, señor mio, la causa de los cortísimos progresos de los españoles en las facultades expresadas, sino muchas, y tales, que aunque cada una por sí sola haria poco daño, el complejo de todas forman un obstáculo casi absolutamente invencible.

La primera es el corto alcance de algunos de nuestros profesores. Hay una especie de ignorantes perdu-

rables, precisados á saber siempre poco, no por otra razon, sino porque piensan que no hay más que saber que aquello poco que saben. Habrá visto vuestra merced más de cuatro, como yo he visto más de treinta, que sin tener el entendimiento adornado más que de aquella lógica y metafísica, que se enseña en nuestras escuelas (no hablo aquí de la *teología*, porque para el asunto presente no es de el caso), viven tan satisfechos de su saber, como si poseyesen toda la enciclopedia. Basta nombrar la nueva filosofía, para conmovér á éstos el estómago. Apenas pueden oír sin mofa y carcajada el nombre de Descartes. Y si les preguntan qué dijo Descartes, ó qué opiniones nuevas propuso al mundo, no saben ni tienen qué responder, porque ni aun por mayor tienen noticia de sus máximas, ni aun de alguna de ellas. Poco há sucedió en esta ciudad, que concurriendo en conversacion un anciano escolástico y versadísimo en las aulas, con dos caballeros seculares, uno de los cuales está bastantemente impuesto en las materias filosóficas, y ofreciéndose hablar de Descartes, el escolástico explicó el desprecio con que miraba á aquel filósofo. Replicóle el caballero, que propusiese cualquiera opinion ó máxima cartesiana, la que á él se le antojase, y le arguyese contra ella, que él estaba pronto á defenderla. En qué paró el desafío? En que el escolástico enmudeció, porque no sabia de la filosofía cartesiana más que el nombre de *filosofía cartesiana*. Ya en alguna parte del *Teatro crítico* referí otro caso semejante, á que me hallé presente, y en que, aunque lo procuré, no pude evitar la confusion de el escolástico agresor.

La máxima de que á nadie se puede condenar sin oírle es generalísima. Pero los escolásticos de quienes hablo, no sólo fulminan la sentencia sin oír al reo, mas aun sin tener noticia alguna de el cuerpo de el delito. Ni escucharon testigos, ni vieron autos, ni aun admiten que alguno defienda á los que en rebeldía tratan como delincuentes, porque luégo en la sentencia envuelven al abogado como reo. ¿Puede haber más violenta y tiránica transgresion de todo lo que es justicia y equidad?

A cualquiera de estos profesores que con aquello poco que aprendieron en el aula están muy hinchados, con la presuncion de que saben cuanto hay que saber en materia de filosofía, se puede aplicar aquello de el *Apocalipsi*: *Quia dicis, quod dives sum, et locupletatus, et nullius ego; et nescis, quia tu es miser et miserabilis, et pauper, et cæcus, et nudus*.

La segunda causa es la preocupacion que reina en España contra toda novedad. Dicen muchos, que basta en las doctrinas el título de nuevas para reprobarlas, porque las novedades en punto de doctrina son sospechosas. Esto es confundir á Poncio de Aguirre con Poncio Pilatos. Las doctrinas nuevas en las ciencias sagradas son sospechosas, y todos los que con juicio han reprobado las novedades doctrinales, de éstas han hablado. Pero extender esta ojeriza á cuanto parece nuevo en aquellas facultades, que no salen del recinto de la naturaleza, es prestar con un despropósito patrocinio á la obstinada ignorancia.

Mas sea norabuena sospechosa toda novedad. A na-

die se condena por meras sospechas. Con que estos escolásticos nunca se pueden escapar de ser injustos. La sospecha induce al exámen, no á la decision; esto en todo género de materias, exceptuando sólo la de la fe, donde la sospecha objetiva es odiosa, y como tal, damnable.

Y bien; si se ha de creer á estos Aristarcos, ni se han de admitir á Galileo los cuatro satélites de Júpiter, ni á Huyghens y Casini los cinco de Saturno, ni á Vieta la álgebra especiosa, ni á Nepero los logarithmos, ni á Harveo la circulacion de la sangre; porque todas estas son novedades en astronomía, aritmética y física, que ignoró toda la antigüedad, y que no son de data anterior á la nueva filosofía. Por el mismo capítulo se ha de reprobar la inmensa copia de máquinas é instrumentos útiles á la perfeccion de las artes, que de un siglo á esta parte se han inventado. Vean estos señores á qué extravagancias conduce su ilimitada aversion á las novedades.

Ni advierten que de ella se sigue un absurdo, que cae á plomo sobre sus cabezas. En materia de ciencias y artes no hay descubrimiento ó invencion que no haya sido un tiempo nueva. Contraigamos esta verdad á Aristóteles. Inventó éste aquel sistema físico (si todavía se puede llamar físico) que hoy siguen estos enemigos de las novedades. ¿No fué nuevo este sistema en el tiempo inmediato á su invencion, ó en todo el resto de la vida de Aristóteles, y más nuevo entónces que hoy lo es, pongo por ejemplo, el sistema cartesiano, el cual ya tiene un siglo y algo más de antigüedad? Ya se ve. Luego los filósofos de aquel siglo justamente le reprobarian por el odioso título de nuevo. Los que seguian la filosofía corpuscular, comun en aquel tiempo, tendrian la misma razon para excluir la introduccion de la aristotélica, que hoy alegan los aristotélicos para excluir la cartesiana. Era antigua entónces la filosofía corpuscular, porque venia, no sólo de Leucipo, anterior más de un siglo á Aristóteles, mas de un filósofo fenicio, llamado Moscho, que floreció, segun Posidonio, ántes de la guerra troyana: era nueva la aristotélica. Ve aquí cómo se hallaban los filósofos corpuscularistas en la misma situacion y con el mismo derecho respecto de los aristotélicos, que hoy los aristotélicos respecto de los cartesianos y demas corpuscularistas modernos. Con que, deben confesar los aristotélicos que no faltó otra cosa para que no existiese su filosofía en el mundo, sino que el mundo consintiese entónces en la justa demanda de los corpuscularistas.

La retorsion no puede ser más clara. Pero la verdad es, que sería injusta aquella pretension en los corpuscularistas, y hoy lo es en los aristotélicos; porque la filosofía no sigue las reglas de la nobleza, que la que prueba más antigüedad es la mejor; si ella en sí es falsa, no será, despues de muchos siglos de posesion, más que un error envejecido; y si es verdadera, en su mismo nacimiento será una hermosa luz de la razon.

La tercera causa es el errado concepto de que cuanto nos presentan los nuevos filósofos se reduce á unas curiosidades inútiles. Esta nota prescinde de la verdad ó falsedad. Sean norabuena, dicen muchos de los nuestros, verdaderas algunas máximas de los modernos, pe-

ro de nada sirven; y así, ¿para qué se ha de gastar el calor natural en ese estudio? En este modo de discursar se viene á los ojos una contradiccion manifiesta. Implica ser verdad y ser inútil. No hay verdad alguna, cuya percepcion no sea útil al entendimiento, porque todas concurren á saciar su natural apetito de saber. Este apetito le vino al entendimiento de el Autor de la naturaleza. ¿No es grave injuria de la Deidad, pensar que ésta infundiese al alma el apetito de una cosa inútil?

Pero ¿no es cosa admirable que los filósofos de nuestras aulas desprecien las investigaciones de los modernos por inútiles? ¿Cuál será más útil, explorar en el exámen de el mundo físico las obras de el Autor de la naturaleza, ó investigar en largos tratados de el ente de razon y de abstracciones lógicas y metafísicas, las ficciones de el humano entendimiento? Aquello naturalmente eleva la mente á contemplar con admiracion la grandeza y sabiduría de el Criador; ésta la detiene como encarcelada en los laberintos que ella misma fabrica. Dijo admirablemente Aristóteles, que es fastidio indigno y pueril despreciar el exámen de el más vil animal de el mundo, porque no hay obra natural, por baja que sea, en que la naturaleza (digamos nosotros, como debemos decirlo, el Autor de la naturaleza) no se ostente admirable: *Quamobrem viliorum animalium disputationem, perperisionemque, fastidio puerili quodam sprevisse, molesté que tulisse, dignum nequaquam est; cum nulla res sit Nature, in qua non mirandum aliquid inditum habeatur.* (Libro 1 *De partibus animalium*, capítulo v.)

Trajo en una ocasion á mi celda don Juan d'Elgar, excelente anatómico frances, que hoy vive en esta ciudad, el corazon de un carnero, para que todos los maestros de este colegio nos enterásemos de aquella admirable fábrica. Con prolijidad inevitable nos fué mostrando, parte por parte, todas las visibles que componen aquel todo, explicando juntamente sus usos. Puedo asegurar con verdad, que no sólo fué admiracion, fué estupor el que produjo en todos nosotros el conocimiento que logramos de tan prodigiosa contextura. ¡Cuánta variedad de instrumentos! ¡Qué delicados algunos, y juntamente qué valientes! ¡Cuánta variedad de ministerios, conspirantes todos al mismo fin! Qué armonía! ¡Qué combinacion tan artificiosa entre todas las partes y los usos de ellas! La muestra de Lóndres más delicada y de más multiforme estructura es una fábrica groserísima en comparacion de esta noble entraña. Al fin, todos convinimos en que no habíamos jamas visto ó contemplado cosa que nos diese idea tan clara, tan sensible, tan viva y eficaz, de el poder y sabiduría de el supremo Artífice.

Este y otros objetos semejantes hacen el estudio de los modernos; mientras nosotros, los que nos llamamos aristotélicos, nos quebramos las cabezas y hundimos á gritos las aulas sobre «si el ente es unívoco ó análogo; si trasciende las diferencias; si la relacion se distingue de el fundamento», etc.

La cuarta causa es la diminuta ó falsa nocion que tienen acá muchos de la filosofía moderna, junta con la bien ó mal fundada preocupacion contra Descártes. Ignoran casi enteramente lo que es la nueva filosofía, y cuanto se comprende debajo de este nombre, juzgan que es parto de Descártes. Como tengan, pues, for-

mada una siniestra idea de este filósofo, derraman este mal concepto sobre toda la física moderna.

Dice muy bien el excelente impugnador de la filosofía cartesiana, el padre Daniel, en su bellísima y nunca bastantemente alabada obra de el *Viaje al mundo de Descártes*, que merecen la nota de ridiculos aquellos peripatéticos, que maldicen la doctrina de este filósofo sin haberse enterado de ella bastantemente; «como algunos autores, añade, que han puesto á Descártes en el número de los atomistas.» ¡Oh cuánto hay de esto en nuestra España!

Fué Descártes dotado de un genio sublime, de prodigiosa inventiva, de resolucion magnánima, de extraordinaria sutileza. Como fué soldado y filósofo, á las especulaciones de filósofo juntó las osadías de soldado. Pero en él lo animoso degeneró en temerario. Formó proyectos demasadamente vastos. Sus incursiones sobre las doctrinas recibidas no se detenian en algunas márgenes. De aquí procedieron algunas opiniones suyas, que mira con extrañeza la filosofía y con desconfianza la religion. Sus turbillones son de una fábrica extremadamente magnífica, mas no igualmente sólida. Así, los mismos que los admiten, unos por una parte, otros por otra, han andado quitando y poniendo piezas para que se sostengan. Su sentencia de la inanimacion de los brutos, por más que suden en la defensa sus sectarios, siempre será tratada de extravagante paradoja por el sentido comun. La idea que dió de la esencia de la materia y de el espacio tiene su encuentro, por consecuencias mediatas, con lo que nos enseña la fe de la creacion de el mundo. De el mismo vicio adolece la extension de el mundo indefinida. Finalmente, no acertó á componer con su modo de filosofar el misterio de la transubstanciacion.

Con todo, aunque Descártes en algunas cosas discursó mal, enseñó á innumerables filósofos á discursar bien. Abrió senda legítima al discurso; es verdad que dejando algunos tropiezos en ella, pero tropiezos que se pueden evitar ó remover. Con ménos ingenio que Descártes se hacen mejores filósofos que Descártes; con ménos ingenio sí, pero con más circunspeccion. Es fácil aprovecharse de sus luces evitando sus arrojos. Introdujo el discursar por el mecanismo, y le aplicó felizmente en muchas cosas, no así en otras. Pero ya se ha hallado que con el mecanismo se puede componer todo el mundo material, sin vulnerar en punto alguno la religion. Prueba clara hacen de esta verdad innumerables sabios de varias religiones en los demas reinos, celocísimos por la fe católica, que han desterrado de la filosofía toda forma material.

Entiéndase lo dicho, sólo á fin de mostrar cuán injusto es el desprecio que hacen de Descártes algunos escolásticos nuestros; porque para el punto en que estamos no nos hace al caso Descártes. Lo que llamamos *nueva filosofía* no tiene dependencia alguna de el sistema cartesiano. Podrá decirse que la cartesiana es filosofía nueva, pero no que la filosofía nueva es la cartesiana; como se dice con verdad que el hombre es animal, mas no que el animal es hombre. Se han las dos como género y especie. Puede dividirse la filosofía, tomada en toda su extension, en *sistemática* y *experimental*. La sistemática tiene muchos miembros divididos, verbi gra-

cia la *pitagórica*, *platónica*, *peripatética*, *paracelsística* ó *química*, la de *Campanela*, la *cartesiana*, la de *Gasendo*, etc. Se debe entender, pues, que cuando se impropia á los españoles su aversion á la nueva filosofía, no se pretende que abracen alguno de dichos sistemas. Todos flaquean por varias partes, todos padecen gravísimas objeciones, y acaso el aristotélico es el que ménos padece, aunque tiene un defecto, de que carecen los sistemas modernos, que es el de ser casi puramente metafísico, que de nada da explicacion sensible. Sólo se quiere que no cierren los ojos á la física experimental, aquella que prescindiendo de todo sistema, por los efectos sensibles investiga las causas, y en donde no puede averiguar las causas, se contenta con el conocimiento experimental de los efectos. ¿Qué conexión ó dependencia tiene esta filosofía con el sistema cartesiano, para que nuestros escolásticos extiendan á ella el desprecio, sea justo ó injusto, que hacen de Descártes? Ésta es la física que reina en las naciones, ésta la que cultivan tantas insignes academias, cuando apénas ó con dificultad se hallará en Francia, Inglaterra, Holanda, etc., un cartesiano rígido.

Verbi gracia, sin meterse en sistema alguno demuestran claramente el peso y fuerza elástica de el aire, y por uno y otro dan explicacion manifiesta de muchos y grandes efectos, lo que es imposible á la filosofía escolástica. Hacen ver que la impresion que hacen en varios cuerpos las sales pende de la configuracion de sus partículas, y no de imaginarias cualidades; que la fluidez no consiste en cualidad alguna, sino en el movimiento lento en todos sentidos de las partes insensibles del fluido; que no es menester más que el vorticoso y rápido de las suyas para todas las operaciones de el fuego; que son meros sueños la *antiperistasis*, la esfera de el fuego y la atraccion de el agua, para impedir el vacío, etc.

Es verdad que estos filósofos excluyen por lo comun toda forma substancial y accidental materiales, en el sentido en que las establece nuestra escuela, substituyendo en su lugar el mecanismo; pero sólo aquel mecanismo segundo ó grueso, digámoslo así, que se hace sensible, ó en sí mismo, ó en sus efectos, y en cada especie es diverso, prescindiendo de el primitivo ó elemental, que acaso es enteramente inaveriguable; diga lo que quisiere Gasendo de sus átomos, Descártes de sus tres elementos, etc. Este mecanismo podrán admitir muy bien los aristotélicos, pues nada hay contra él en Aristóteles, el cual nunca dijo que las formas substanciales y accidentales fuesen unos entes distintos de todo lo que es materia, figura y movimiento. Y áun si quisieren colocar simultáneamente el mecanismo dicho con las formas substanciales y accidentales de su escuela, como hizo Eusebio Amort, nadie se lo quitará; aunque esto realmente es emplastar entidades sobre entidades sin necesidad.

La quinta causa es un celo, pío sí, pero indiscreto y mal fundado; un vano temor de que las doctrinas nuevas en materia de filosofía traigan algun perjuicio á la religion. Los que están dominados de este religioso miedo, por dos caminos recelan que suceda el daño: ó ya porque en las doctrinas filosóficas extranjeras ven-

gan envueltas algunas máximas que, ó por sí, ó por sus consecuencias, se opongan á lo que nos enseña la fe; ó ya porque haciéndose los españoles á la libertad, con que discurren los extranjeros (los franceses, verbi gracia) en las cosas naturales, pueden ir soltando la rienda para razonar con la misma en las sobrenaturales.

Digo que ni uno ni otro hay apariencia de que suceda. No lo primero, porque abundamos de sujetos hábiles y bien instruidos en los dogmas, que sabrán discernir lo que se opone á la fe de lo que no se opone, y prevendrán al Santo Tribunal, que vela sobre la pureza de la doctrina, para que aparte de el licor la ponzoña, ó arroje la zizaña al fuego, dejando intacto el grano. Este remedio está siempre á mano para asegurarnos, áun respecto de aquellas opiniones filosóficas, que vengán de países infectos de la herejía. Fuera de que, es ignorancia de que en todos los reinos donde domina el error se comunique su veneno á la física. En Inglaterra reina la filosofía newtoniana. Isaac Newton, su fundador, fué tan hereje como lo son por lo comun los demas habitantes de aquella isla. Con todo, en su filosofía no se ha hallado hasta ahora cosa que se oponga, ni directa ni indirectamente, á la verdadera creencia.

Para no temer razonablemente lo segundo, basta advertir que la teología y la filosofía tienen bien distinguidos sus límites, y que ningun español ignora que la doctrina revelada tiene un derecho de superioridad sobre el discurso humano, de que carecen todas las ciencias naturales; que por consiguiente, en éstas, como en proprio territorio, pueden discursar con franqueza; á aquella sólo doblar la rodilla con veneracion. Pero doy que alguno se desenfrene, y osadamente quiera pisar la sagrada márgen, que contra las travesuras del entendimiento humano señala la Iglesia. ¿No está pronto el mismo remedio? En ninguna parte ménos que en España se puede temer ese daño, por la vigilancia de el Santo Tribunal, no sólo en cortar tempestivamente las ramas y el tronco, pero áun en extirpar las más hondas raíces de el error.

Doy que sea un remedio precautorio contra el error nocivo cerrar la puerta á toda doctrina nueva. Pero es un remedio, sobre no necesario, muy violento. Es poner el alma en una durísima esclavitud. Es atar la razon humana con una cadena muy corta. Es poner en estrecha cárcel á un entendimiento inocente, sólo por evitar una contingencia remota de que cometa algunas travesuras en adelante (*).

La sexta y última causa es la emulacion (acaso se le podría dar peor nombre), ya personal, ya nacional, ya faccionaria. Si vuestra merced examinase los corazones de algunos, y no pocos, de los que declaman

(* Léase con detencion este párrafo del PADRE FEIJOO, escrito con grande astucia y maestría, en atencion á las circunstancias de España, y á la dificultad de expresar su pensamiento en esta materia.

De las seis causas que alega FEIJOO para el atraso de España, sólo esta es verdadera; las otras cinco son impertinentes, pues aquellos defectos son comunes á todos los países. Además dejó el PADRE FEIJOO otras muchas y verdaderas causas del atraso, como los malos estudios universitarios de España, el desgobierno, la decadencia de la industria y de los intereses materiales, la holgazaneria y la vanidad; plagas endémicas en España, y otras.

contra la nueva filosofía, ó generalmente, por decirlo mejor, contra toda literatura distinta de aquella comun que ellos estudiaron en el aula, hallaria en ellos unos efectos bien distintos de aquellos que suenan en sus labios. Óyeseles reprobarla, ó ya como inútil, ó ya como peligrosa. No es esto lo que pasa allá dentro. No la desprecian ó aborrecen; la envidian. No les desplace aquella literatura, sino el sugeto que brilla con ella. Oh cuántas veces, respecto de éste, hay en ellos aquella disposicion de ánimo que el padre Famiano Estrada pinta en Guillermo de Nasau respecto de el duque de Alba: *Quem palàm oderat, càm admirabatur.*

Esta emulacion en algunos pocos es puramente nacional. Aun no está España convalecida en todos sus miembros de su ojeriza contra la Francia. Aun hay en algunos reliquias bien sensibles de esta antigua dolencia. Quisieran éstos que los Pirineos llegasen al cielo, y el mar que baña las costas de Francia estuviese sembrado de escollos, porque nada pudiese pasar de aquella nacion á la nuestra. Permitase á los vulgares, tolérese en los idiotas tan justo ceño. Pero es insufrible en los profesores de las ciencias, que deben tener presentes los motivos que nos hermanan con las demas naciones, especialmente con las católicas.

Acuérdome de haber leído en las *Causas célebres* de Gayot de Pitaval, que una señora española mató unos papagayos de la reina doña Maria Luisa de Borbon, primera esposa de nuestro Carlos II, indignada de oírlos hablar frances, y aquellos míseros animales pagaron con la vida el gran delito de haber sido doctrinados en París, en algunas voces de la lengua francesa; ira y simpleza no muy de extrañar en una mujer ignorante. Pero poco dista de ella aquel irrisorio y fastidioso ceño, con que algunos de mucha barba, y aún de barba con perilla, miran ú oyen citar cualquiera libro frances, fingiendo creer, y procurando hacer creer á otros, que no se hallan en los libros escritos en este idioma sino inutilidades. Tocóse este punto algunos años há entre un regular, muy buen escolástico, que logró los primeros honores de su religion, y un caballero de esta ciudad, bastantemente dado á la literatura curiosa y ejercitado en la letura de los libros franceses. Improperábase el religioso esta ocupacion, diciéndole que no se hallaria cosa de alguna importancia impresa en lengua francesa, que no estuviese estampada en latina ó española; y que no señalaria algun libro frances, para el cual no hubiese otro equivalente, ó latino ó español. Nombróle el caballero el *Diccionario* de Moreri, expresándole el número y tamaño de sus volúmenes, y la copia inmensa de noticias históricas de todos géneros, que hay en ellos, con la insigne comodidad de estar colocadas por orden alfabético. Pero el regular, bien léjos de darse por convencido, «¿qué cosa tan particular me trae vuestra merced, le respondió! Todo lo que vuestra merced me dice de Moreri, lo tengo yo en un librito latino, que no es mayor que un *Arte* de Nebrija.» Contemple vuestra merced si lo sentiria así. Seria una gran cosa para tales sugetos la nueva filosofía si hubiera nacido en España, y es sólo abominable porque la consideran de origen frances.

Algo más comun que ésta es la emulacion facciona-

ria ú de partido. Son muchos los que exaltarían al cielo tal ó tal prenda, tal ó tal habilidad, colocada en sugeto de su gremio ó adherencia, y la desprecian ó pintan con los peores colores que pueden, por verla en sugeto de otro partido.

Pero la más comun de todas es la emulacion personal: *Qui velit ingenio cedere, nullus erit.* El que lográre algun especial aplauso en cualquiera prenda intelectual, se debe hacer la cuenta de que tiene por émulos cuantos solicitan ser aplaudidos en la misma, si no logran igual nombre ó fama.

Considera un anciano doctor (quiero llamarle Theopompo) muy bien puestos sus créditos en orden á aquellas facultades que se enseñan en nuestras aulas. Especialmente se atribuye el honor de gran filósofo, porque disputó quinientas veces públicamente, á su parecer muy bien, sobre «si la materia tiene propria existencia; si la union se distingue de las partes; si la substancia es inmediatamente operativa», etc. Sucede que Theopompo en algunas concurrencias privadas, en que asisten otras personas de alguna inteligencia, se encuentra con Charistio, otro doctor, que ha estudiado, como él, en las aulas, y está impuesto, por lo ménos igualmente bien, en todo lo que se enseña en ellas; pero no contento con aquella telita superficial de filosofía, que realmente nada es más que esto, extendió su estudio por el vasto campo de la naturaleza, procurando instruirse en lo que, ya de útil, ya de hermoso, ya de cierto, ya de disputable, nos enseñan autores extranjeros sobre tan dilatada materia. Y porque los asistentes dan motivo para ello, viene á meterse la conversacion en la filosofía. Con cuya ocasion, Charistio, que no es tan humilde, que le pese de hallarla, para mostrar lo poco ó mucho que sabe, se pone muy de intento á explicar los varios sistemas físicos de los extranjeros, especialmente el de Descártes, el de Gasendo y el de Newton, tocando algo de paso de el de Leibnitz. Como Descártes se inclinó á la opinion copernicana de la constitucion de el mundo, de lo que habla de aquel filósofo toma asidero para tratar de los sistemas que tocan á esta materia, haciendo un exacto análisis de el de Ptolomeo, de el de Copérnico y de el de Tycho Brahe; y proponiendo sumariamente lo que hay en contra y á favor de cada uno. Pasando de aquí á la amplísima region, ó region de regiones, de la física experimental, se extiende en los raros fenómenos de la máquina pneumática y en las observaciones del barómetro, da alguna cuenta de las curiosas investigaciones de Boyle, de los muchos y útiles descubrimientos que han hecho los sabios, miembros de varias academias, especialmente los que componen la parisiense de las Ciencias y la sociedad Régia de Londres, etc.

Es Theopompo uno de aquellos aristotélicos, que se escandalizan, ó muestran escandalizarse, aún de las voces de *sistema* y *fenómeno*, con que es fácil considerar con cuánta mortificacion está oyendo á Charistio, mayormente al advertir que los demas concurrentes le escuchan con gusto. Bien quisiera él entrar su hoz en tan fecunda mies. Quisiera estar, no sólo igualmente, pero aún más instruido que Charistio en todas aquellas materias, para brillar más que él á los ojos de los con-

currentes, y se duele interiormente de la ignorancia que padece en ellas. Aprecia en su mente las noticias que oye á Charistio; no sólo las aprecia, las envidia. Pero lo dará á entender jamas? Eso no. Antes bien ostentará un tedioso desprecio de todas ellas, diciendo que no son otra cosa que sueños ó caprichos disparatados, con que los extranjeros quieren engaitar las gentes; que aún cuando hubiese alguna verdad ó utilidad en aquellas novedades, se debían repeler por sospechosas, siendo verisímil, que viniendo de países infestados de la herejía, y no muy seguros en la verdadera creencia, venga en la capa de la filosofía embozado algun veneno teológico. Y aquí entra lo de *los aires infectos de el Norte*, expresión que ya se hizo vulgar en escritores pedantes.

Pues ¿qué si llega á saber que Leibnitz, Boyle y Newton fueron herejes? Aquí es donde prorumpe en exclamaciones capaces de hacer temblar las pirámides egipcias; aquí es donde se inflama el ojo, cubierto con la capa de celo. Herejes? Y éstos se citan? ¿O se hace memoria para cosa alguna de unos autores impíos, blasfemos, enemigos de Dios y de su Iglesia? ¡Oh mal permitida libertad!

Oh mal paliada envidia! Podria acaso exclamar yo. Oh ignorancia, abrigada de la hipocresía! Si estas declamaciones sólo se oyeran al rudo vulgo, bien pudieran creerse, aunque ridiculas, sinceras. Pocos años há sucedió que á una ciudad de España, que padece penuria de agua, se ofrecieron á conducírsela, por una agria cuesta, ciertos ingenieros de el Norte. Supongo que los que gobernaban el pueblo no se convinieron con ellos, por parecerles excesivo el gasto. Pero entre tanto que se hablaba del ajuste, muchos de la plebe, entre quienes se mostraba alguno de superior clase, clamaban, indignados, que no querian agua conducida por manos de herejes, teniendo éste por un atentado injurioso á la religion de el pueblo. Así es el vulgo, y al vulgo, es de creer que le salen muy del corazon tales simplezas.

Mas dificulto asentir á que hablen con las mismas véras aquellos escolásticos, que con igual ó mayor execucion condenan la doctrina, puramente natural y filosófica, que nos viene de aurores herejes ó sospechosos en la fe, sólo por el titulo de su errada creencia. Y ¿por qué dificulto creérselo? Porque son escolásticos. Oiga vuestra merced una prueba concluyente de mi disenso. No ignoran, ni pueden ignorar, siendo escolásticos, que santo Tomás citó muchas veces con aprecio, en materias físicas y metafísicas, como autores de particular distincion, á Averroes y Avicena, notorios mahometanos, ya confirmando con ellos su sentencia, ya explicándolos cuando se alegaban por la opuesta. Preguntaré ahora á estos escolásticos si se tienen por más celosos de la pureza de la fe que santo Tomás, y si los mahometanos son más pios ó ménos enemigos de la Iglesia de Dios, que los luteranos y calvinistas. Bien saben lo que deben responder á uno y otro; pero no es fácil que hallen qué responder á la instancia. Citaron asimismo muy frecuentemente á Avicena y Averroes, despues de santo Tomás, los escolásticos que escribieron cursos de artes, con estimacion de su autoridad.

Pero ¿qué es menester acordarnos de estos filósofos

F.

árabes? ¿Su mismo príncipe, su adorado jefe Aristóteles, tuvo mejor creencia que Leibnitz, Boyle y Newton? ¿No se hace palpable en muchas partes de sus escritos la idolatría? ¿Puede darse más viva pintura de la impiedad, que aquella que hizo Lactancio de la de Aristóteles, cuando dijo de él: *Deum nec coluit, nec curavit?*

Y ¿pueden tampoco ignorar estos señores que el reprobar la doctrina y letura de los autores de que se ha hablado, es una indirecta reprension contra los magistrados, en quienes reside la facultad de permitirnos ó prohibirnos su uso? El Santo Tribunal con ciencia y advertencia permite en España la letura de los tratados físicos de Boyle y Newton, por más herejes que sean, sin que hasta ahora haya mandado borrar ni una línea en alguno de los dichos tratados de estos autores, fuera de las censuras generales. Con ciencia, digo, y advertencia, porque éstos no son algunos autores incógnitos ú oscuros, sino de quienes todo el mundo tiene noticia. Por otra parte, es manifiesto que tiene el mismo tribunal obligacion de prohibir todos los libros que contienen doctrina perniciosa, ó peligrosa hácia la fe ó hácia las buenas costumbres. Luego los que condenan el uso de estos autores como nocivo, indirectamente acusan, ú de poca ciencia, ú de tibio celo, á los ministros de el Santo Tribunal. Mas no es esa su intencion, ya se ve. Con que, lo que debemos inferir es, que estas declamaciones no son más que un modo de hablar teatral y afectado, que podemos oír como no significativo de lo que suena, pero que tiene su uso favorable para estos señores, pues con él procuran dar á entender, que si ignoran la filosofía extranjera, no es por falta de aplicacion ó capacidad, sino por amor de la religion.

Confieso que son muy pocos y muy raros los escolásticos de este violento carácter. Pero esos pocos, vertiendo al público sus ideas por medio de la estampa, hacen mucho daño; porque amedrentando á la juventud estudiosa con el pretendido peligro de la religion, retraen de la letura de los libros extranjeros muchos bellos ingenios, que pudieran por ellos hacerse excelentes filósofos, y aprender otras muchas cosas muy útiles, sin dejar por eso de hacerse, con el estudio regular de la aula, unos grandes escolásticos. Esto, bien entendido, viene á ser querer escudar la religion con la barbarie, defender la luz con el humo, y dar á la ignorancia el glorioso atributo de necesaria para la seguridad de la fe.

A lo que vuestra merced me dice con admiracion y lástima, al fin de su carta, que ha visto profesores de filosofía, que no sólo niegan aún el peso de el aire, mas lo desprecian como quimera filosófica, le referiré un chiste, que lei en la cuarta parte de la *Menagiana*, y que espero convierta su lástima y admiracion en risa.

Reinando en Inglaterra Carlos II, habiendo resuelto la Régia sociedad de Londres enviar quienes hiciesen experimentos de el peso de el aire sobre el pico de Tenerife, diputaron dos de su cuerpo para pedir al embajador de España una carta de recomendacion al gobernador de las Canarias. El Embajador, juzgando que aquella diputacion era de alguna compañía de mercaderes, que querian hacer algun empleo considerable en el

excelente licor que producen aquellas islas, les preguntó qué cantidad de vino querían comprar. Respondieron los diputados que no pensaban en eso, sino en pesar el aire sobre la altura del pico de Tenerife.

«Cómo es eso? replicó el Embajador. ¿Queréis pesar el aire?»

—Esa es nuestra intención,» repusieron ellos.

No bien lo oyó el buen señor, cuando los mandó echar de casa por locos, y al momento pasó al palacio de Witheal á decir al Rey y á todos los palaciegos, que habían ido á su casa dos locos, con la graciosa extravagancia de decir que querían pesar el aire, acompañando el Embajador la relacion con grandes carcajadas. Pero éstas se convirtieron en confusion suya, mayormente sabiendo luégo que el mismo Rey y su hermano el duque de Yorch eran los principales autores de aquella expedicion filosófica.

Celebróse el chiste en Lóndres y en París; pero con poca razon se hizo mofa de la ignorancia del Embajador. El descubrimiento de el peso de el aire se puede decir que aún era entónces de algo fresca data, para que hubiese ya llegado á noticia de todos los que no profesaban la filosofía, y especialmente de los españoles, incluyendo aún á los profesores; distando entónces España de Italia y Francia para el comercio literario, otro tanto que dista de España para el político la última extremidad de el Japon. El famoso evangeista Torricelli, discípulo del padre Benedicto Castelli, abad de Monte Casino, monje doctísimo, á quien el papa Urbano VIII habia traído de su monasterio á Roma, para enseñar en aquella capital de el mundo las matemáticas, fué quien cerca de la mitad del siglo pasado descubrió el peso del aire y el mal fundado miedo de el vacío, tan establecido hasta entónces en las escuelas. Con cuya ocasion, noto aquí la equivocacion de muchos autores, que suponen á Torricelli discípulo de el gran Galileo, aunque en algun sentido se puede decir que lo fué; esto es, no inmediato, sino mediato; porque el abad Castelli, maestro de Torricelli, fué discípulo de Galileo. Y por estas noticias se debe corregir lo que en el tomo II de el *Teatro crítico*, discurso II, número 1 (*), dije en orden á Galileo y Torricelli.

(*) *Historia natural*, discurso omitido en esta edición. (V. F.)

EL JUDIO ERRANTE.

Muy señor mio: La especie de el Judío Errante, que vuestra merced me pregunta si se encuentra en algun autor clásico, y qué le merece, no en un autor solo se halla, sino en varios, y clásicos algunos de ellos, aunque con alguna variedad en una ú otra circunstancia.

El primero que, segun yo entiendo, la dió al público en historia formada, fué el célebre historiador benedictino Anglicano, Mateo de París, al año 1229. Segun éste, vino por aquel tiempo (vivía en él el mismo his-

Digo que la mofa que en aquél caso hicieron ingleses y franceses de el embajador de España fué injusta. Pero si lo que vuestra merced dice, que aún hay en España profesores que tratan de quimera el peso de el aire llegase á noticia de italianos, ingleses y franceses, ¿qué dirían, sino que los españoles somos cimbríos, lonibardos y godos? Y aún scitas, siberios y circasios! Dios guarde á vuestra merced, etc.

SCOLIO.

Para que el lector, que no está en estas cosas, entienda qué experimentos pretendían hacer los de la Régia sociedad, en orden al peso de el aire, en el pico de Tenerife, y por qué en este sitio tan distante, más que en otro, debo advertirle, que una de las experiencias que más claramente confirman, que no el horror de el vacío, sino el peso de el aire, mantiene suspenso el azogue en el barómetro, es, que á proporcion de la elevacion de el sitio en que éste se coloca, se mantiene el azogue en menor altura dentro del tubo; de modo, que subiendo una montaña con el barómetro en la mano, cuanto más se va subiendo, tanto más va el azogue bajando; y al contrario, bajando despues la montaña, cuanto más se baja, tanto más sube el azogue en el tubo. La causa de este efecto es, que cuanto es mayor la altura, tanto ménos pesa el aire; verbi gracia, en la cima de un monte pesa ménos que en el valle, ya porque de allí arriba es el aire más raro que de allí abajo, ya porque no hay tanta cantidad de atmósfera, ó aire pesante, sobre la cima como sobre el valle. Lo que por lo comun se ha experimentado es, que á las primeras sesenta brazas de ascenso baja el azogue una línea, y de ahí arriba, á cada sesenta brazas sucesivamente, va bajando algo ménos en cierta proporcion. Esta correspondencia de el descenso de el azogue con la altura de el sitio en que se coloca el barómetro, tanto con más exactitud se puede averiguar, cuanto más alto fuere el monte en que se hiciere la experiencia; y siendo opinion comun que el pico de Tenerife es el más alto de el mundo, por eso los ingleses deseaban hacer los experimentos en él.

torizador que lo refiere) un obispo armenio á Inglaterra, recomendado por el Papa para que le mostrasen las reliquias de santos que habia en aquel reino, y le diesen las demas noticias que él solicitase, pertenecientes al culto divino que se practicaba en él. Sobre la especie, ya entónces algo vulgarizada, del Judío Errante, y que éste andaba por las regiones orientales, pareciendo á varios curiosos, que este prelado, por tener su patria, habitacion y diócesi en una de ellas, no podia ménos de estar algo instruido en el asunto, le hicieron sobre

él diferentes preguntas; y no sólo á él, mas tambien á sus domésticos; esto es, si habia realmente tal Judío Errante; si vivía aún, por dónde andaba; qué hombre era, y qué decía de sus sucesos. Respondió el prelado, que dicho Judío realmente existia, y andaba entónces por la Armenia. Pero de sus sucesos, quien dió más específica noticia fué un doméstico de el prelado, acaso porque podia explicarse mejor con los ingleses, ó en el idioma de el país ó en el latino.

Este referia que el Judío Errante, ántes de su conversion, se llamaba *Catafilo*, y habia sido portero en la casa de Pilátos, con cuya ocasion, cuando sacaron á Cristo, Señor nuestro, de el pretorio para crucificarle, para que saliese más prontamente le dió una puñada en las espaldas, á lo cual el Redentor, volviendo el rostro, le dijo: «El Hijo del Hombre se va, pero tú esperarás á que vuelva.» El portero se convirtió luégo, y fue bautizado por Ananias, que le puso el nombre de José. El sentido de la profecía de Cristo era, que este judío no habia de morir hasta que él viniese á juzgar vivos y muertos; la que en efecto en este sentido se estaba verificando, pues llevaba ya más de mil y docientos años de vida, aunque padeciendo á cada cien años unos amagos de muerte; porque á este plazo una gravísima enfermedad le dilataba hasta representarle moribundo; pero luégo sanaba y se rejuvenecía, restituyéndose al vigor y apariencia de treinta años de edad, que era la que tenia cuando Cristo murió.

Añadia el familiar de el obispo, que este judío José era muy conocido de su amo, y habia sido convidado por él y huésped suyo, poco ántes de emprender su peregrinacion.

El historiador citado dice que este hombre respondia puntualmente y con severo y grave modo á las preguntas, que le hacían en orden á cosas antiguas, como de los difuntos que resucitaron cuando Cristo murió, y de las historias de los apóstoles; que mostraba siempre un gran temor de que estuviese cerca el juicio final, por ser éste el plazo de su vida, y se horrorizaba cuando hacia memoria de el sacrilego desacato que habia cometido con el Redentor, aunque esperaba ser perdonado, por la mucha parte que en él habia tenido su ignorancia.

Jacobó Basnage, autor protestante, en su *Historia de los judíos*, cuenta tres judíos errantes. El primero, más antiguo, llamado Samer, en pena de haber fundido el becerro en tiempo de Moises; otro el Catafilo de arriba, gentil y portero de Pilátos; el tercer judío llamado Asuero, y zapatero en Jerusalem. De éste dice, que el año de 1547 pareció en Hamburgo, y que publicaba de sí, aunque variando nombre y tal cual otra circunstancia, lo mismo que los armenios de el que decían haber conocido en su tierra. Éste referia que ántes de su conversion se llamaba Asuero, y ejercia el oficio de zapatero á la puerta de Jerusalem, por donde Cristo salió para el Calvario; en cuya ocasion, queriendo el Salvador, por sentirse muy fatigado, reposar un momento en su oficina, él, dándole un golpe, le repelió, y entónces Cristo le dijo: «Yo luégo descansaré, pero tú andarás sin cesar hasta que Yo vuelva:» que desde aquel punto empezó el cumplimiento de el vaticinio, y se fué continuando siem-

pre, porque siempre andaba peregrinando, sin parar en provincia alguna. Era de estatura procera, representaba la edad de cincuenta años, y prorumpia en frecuentes gemidos, que los circunstantes atribuían á la tristeza que le causaba la memoria de su delito.

Nuestro gran expositor Agustín Calmet, en su *Diccionario bíblico*, testifica tener en su poder una carta, escrita de Lóndres por la señora Mazarina (supongo que habla de la duquesa Hortensia Mancini, sobrina de el cardenal Mazarini, tan famosa por sus aventuras y trabajos como por su hermosura) á la duquesa de Bullon, en la cual se refiere que por aquel tiempo arribó un extranjero á Lóndres con la misma cantilena. Decía que habia servido en el divan de Jerusalem cuando Cristo fué sentenciado á muerte, y pareciéndole que no salía con la priesa que él deseaba, le dió un gran empellon, diciéndole: «Despacha; sal cuanto ántes; por qué te detienes?» La respuesta de el Señor fué la misma que se dijo arriba. Éste aseguraba (dice la señora Hortensia) que habia conocido á todos los apóstoles, y individuaba las facciones y vestido de cada uno; que habia peregrinado por todas las regiones del orbe, y no dejaria de peregrinar hasta el fin del mundo. Se jactaba de que con el tacto curaba los enfermos. Sabía muchas lenguas, y referia con tanta exactitud los sucesos de todos los siglos, que todos le oían con admiracion. Habiendo un caballero insignemente erudito habládole en lengua arábiga, al momento le respondió en el mismo idioma. Apénas se le nombraba personaje alguno famoso en los anteriores siglos, á quien no afirmase haber conocido. Decía que se habia hallado en Roma cuando fué incendiada por Neron; que habia tratado con Mahoma y conocido á su padre; visto al Saladino, al Tamerlan, á Bayaceto, á Soliman el Grande, etc. Añádese en la carta, que la gente simple le atribuía muchos prodigios, pero los prudentes le tenían por impostor.

El autor de el *Espion turco* (sea el que fuere, que aún pienso que no está averiguado) en varias cartas hace memoria de el Judío Errante. En la epístola xxxix de el tomo II, escrita á Ibrahim, y que corresponde al año de 1643, todo se ocupa en referir que en París vió á dicho judío, conversó con él, y le hizo mil preguntas de cosas antiguas. Díjole que su nombre era Michob-Ader, que habia sido portero de el divan de Jerusalem, y todo lo demas que Calmet cita de la duquesa Mancina ó Mazarina; que habia andado muchas tierras, leído mucho, y sabia lenguas. Con todo, el *Espion* hizo juicio de que era loco ó impostor.

El mismo autor, en el tomo V, epístola I, escrita á Nathan-Ben-Saddi, judío, el año de 1666, le cuenta todo lo que el Judío Errante le habia dicho en París tocante á los judíos de la Asia Septentrional, y que cree son reliquias de los diez tribus dispersos.

El mismo, en el tomo VI, epístola VI, el año de 1672, á Guillelmo le dice, á lo último, que por todas partes se habla de un Judío Errante, y que en aquel tiempo estaba en Astracan, y allí predicaba que el cristianismo sería reformado el año de 1700. Y en la epístola VII, escrita á Codabafrad-Kheik, mahometano, el mismo año de 1672, le da cuenta de todo lo que el